DaBaR

Ciclo C

nº 55

26 de octubre de 2025

30º Domingo Ordinario

Año LI

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN ES78 2100 54413902 0007 9585.

Índice

Primera Página
Exégesis
Notas para la Homilía
Para la oración
La misa de hoy
Cantos
Dios habla

Primera Página

¿Cuánto de fariseo tenemos?

Cuando leemos la parábola del fariseo y el publicano, casi todos nos queremos identificar con el publicano, pero Jesús no lanzó esa parábola solo para los fariseos, de alguna manera, presiento, que conviven en nosotros el fariseo y el publicado.

A veces creo que queremos domesticar a Dios, lo imaginamos como un abuelito entrañable, que compra nuestros engaños sobre quienes somos y nos mira con infinita ternura y nos complace en todo, que nos mima sin ningún límite o miramiento. Pero Dios no es así, o al menos, no es solo así. Y si nos quedamos en esa parte de su imagen, por interés y comodidad, ahogamos sus llamadas. ¡Dios nos habla de conversión, nos llama a la santidad!

Si nos sentimos reconfortados y justificados, miramos solo lo que hago bien y pasamos de largo por nuestras sombras y pecados, sin darnos cuenta que necesitan la luz de Dios, nuestro reconocimiento y arrepentimiento, nuestro ponerlas ante Dios para sanarse.

Si nos confiamos en nosotros mismos, creyendo con nuestro hacer cosas justas o buenas, somos justos y buenos, y llegamos a despreciar y criticar, interna y hasta externamente, a otros.

Si andamos contentos de nuestras míseras sobras en generosidad, en oración, en compromiso con la justicia, en servicio al prójimo, en construcción de comunidad.

Si en nuestra oración, no dejamos que el Espíritu hable, solo hablamos nosotros y nos mostramos 'vendiéndonos', como si quien ve lo oculto, no nos conociera y no pudiera amarnos con nuestras luces y sombras.

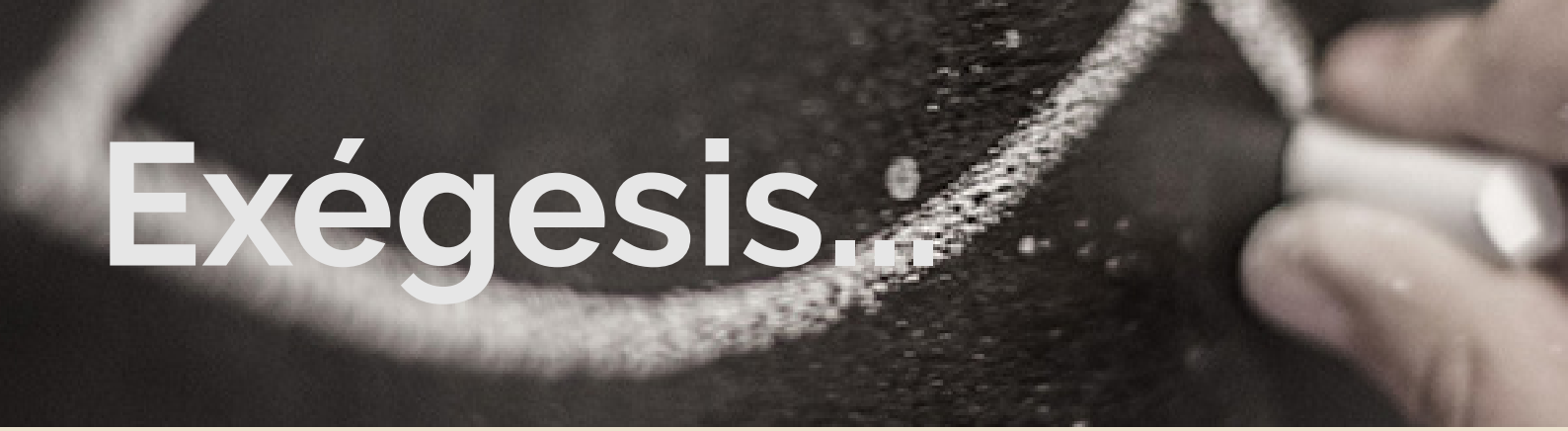
Si no queremos descubrirnos en el espejo que Dios nos muestra, que no nos hunde, porque Dios nos capacita por y en su amor, pero no falsea, no oculta lo oscuro y nos descubre que también en nosotros hay algo de ladrón, robamos atención, buscamos protagonismo, vivimos demasiado cómodamente mientras muchos no tienen lo mínimo para comer y vivir en dignidad; algo de injusto, cuando criticamos sin misericordia, no vemos o hacemos algo por tantas injusticias como habitan a nuestra alrededor: la pobreza, el acosa, la violencia, la burla, la discriminación, el paro… y hasta de adúltero, porque hemos traicionado a alguien, deseado a otra persona, dejado de luchar por nuestro matrimonio, nos hemos acomodado, nos decimos si la otra parte no se lo plantea yo tampoco…

No llegaremos en nuestra oración al encuentro sincero, confiado, transformador, sanante… con Dios, si puede más nuestro fariseo, que nuestro publicano. Esa es la advertencia de Jesús.

¡Oh Dios!, ten compasión de nosotros, de nuestros rácanos mínimos en los que nos conformamos, de nuestras cobardías, de nuestras comodidades, de nuestro atrevernos a criticar o despreciar a otros, viendo la paja en sus ojos, sin ver nuestras vigas, de nuestra oración que trata de mostrarnos presentable ante ti, como si no vieras nuestras sombras y harapos, como si fuera necesario.

¡Oh Dios! Ilumina nuestras sombras, sitúa en su justa medida nuestra confianza, haznos mansos y humildes de corazón, haznos hijos como el hijo pródigo, capaces de reconocer todo lo que nos das gratuitamente, para darlo así, que sepamos que tu perdón y compañía es un regalo y no un derecho, que nos sintamos pequeños ante ti, sin necesidad de esconderte nuestra desnudez, que sepamos reconocer cuanto de fariseo hay en nosotros, que vayamos a la oración con nuestra verdad y te dejemos hacernos y darnos la paz que necesitamos.

Elena Gascón
elena@dabar.es



...un análisis riguroso

Primera Lectura

Contexto. Según Ben Sira, el deber primordial del hombre con Dios es el culto, la práctica de la justicia y caridad el más importante para con el prójimo (34,18 -35,26). Por la gran riqueza de pensamiento que encierra, convendría leer este texto con mucha detención.

Culto sin justicia ni caridad de nada sirve, es un rito estéril (34,18 -35,10), según opinión machacona de los profetas. De acuerdo con este pensamiento, el sabio que escribió el libro afirma: «Sacrificios de posesiones injustas son impuros..., el pan de la limosna es vida del pobre..., mata a su prójimo quien le quita el sustento» (vs. 18.21.22).

Texto. Dios está comprometido con la existencia de un mundo bueno, compromiso que quedó patente, por primera vez, en su acto creador: «Y vio Dios todo lo que había hecho y era muy bueno» (Gn 1, 31). Pero entre la bondad inicial de la creación y el estado de esperanza actual ha ocurrido la quiebra humana que todo lo desbarató.

Esta quiebra, continuamente reiterada, ha obligado a Dios a ejercer el papel de juez. Es el imperativo de su compromiso en favor de la existencia de un mundo bueno. Dada la injusticia del hombre, el Señor asume la defensa de todos aquellos que no tienen otra cosa que ofrecer que sus lágrimas, sus gritos, su sed de justicia. Si alguna parcialidad siente Dios es a favor del oprimido e indefenso. Parece parcialidad, pero es la suprema justicia que es victoria y liberación.

Reflexiones. Si alguna parcialidad hay en Dios es a favor del pobre, del oprimido, del indefenso. Esta fue la actitud de Jesús y debe ser la de la Iglesia y la de sus miembros. No basta con hablar, es necesario actuar y comprometerse ya. ¡Por sus frutos los conoceréis!

No sobornes al Señor, «...porque no lo acepta, no confíes en sacrificios injustos» (35,14). Culto sin justicia es algo inútil; más aún, ni deberíamos acercarnos a su altar mientras no practiquemos la justicia. Estamos convirtiendo su templo en guarida de corruptos y ladrones.

«E1 que da limosna ofrece sacrificio...» (35, 2). «El pan de la limosna es vida del pobre; el que la rebasa es homicida» (34, 21). Y nosotros... ¡a desentendernos de los problemas del hermano!

Equipo Dabar
dabar@dabar.es

Segunda Lectura

En este momento se recuerda con insistencia la situación que es el punto de partida de la carta y el fondo de sus afirmaciones: la prisión de Pablo. Está viendo que su ejecución va a llegar y quiere hablar de la sucesión y de la administración de su herencia. Antes de morir, Pablo deja sus instrucciones a quienes están al frente de la Iglesia. Pablo va a hablar con un tono de generosidad, serenidad y confianza. No va a dejar sólo sus palabras, sino su persona misma como documento convincente del Evangelio de la cruz. La solemnidad de todo el pasaje se ve en los términos "ofrecer en libación" ("ser derramado") (v. 6).

En los vv. 7-8 se reconoce una imagen tardía de Pablo. Quien habla es un Pablo que tiene la conciencia tranquila, se alaba a sí mismo y a su obra, se proclama vencedor, no tiene la menor duda acerca del éxito de su actividad, de que la ha cumplido con eficacia y que pronto recibirá el premio correspondiente. Parecen los términos en los que se habla de un santo. Se presenta a Pablo como el modelo, ya que ha "peleado la buena batalla", "ha consumado la carrera", como se exige al jefe de la comunidad (2Tim 2,5) y ha guardado fidelidad. Es decir, ha realizado lo que las cartas pastorales exigen, en su nombre, a los jefes de las comunidades. Pablo se presenta como el ejemplo máximo, por lo que puede rendir cuentas de su misión. Pero todas estas afirmaciones contrastan con lo que dice el auténtico Pablo en Flp 3, 12-14, donde encontramos la diferencia (v. 7).

Pablo deduce la certeza de la retribución por la plenitud y perfección de su vida y basado, también, en la justicia del justo juez, el Señor. La "corona de justicia" con la que espera ser recompensado, puede ser la recompensa a la justicia del administrador fiel que cuidó del depósito de la fe a él confiado y lo devuelve íntegro, como lo recibió. Pablo se presenta como el evangelista ideal y su vida, como el servicio perfecto que tiene como consecuencia el premio. Esta visión que se tiene en las cartas pastorales de Pablo, acaba aquí por casi perder de vista la realidad de la persona y hacerle el ejemplo del hombre redimido y el primero de los pecadores salvado, utilizando un tono que es más un juicio posterior sobre la persona de Pablo (v. 8).

Se cita ahora, en el v. 16, el proceso de Pablo. Es un recurso para insistir en su soledad. "Todos" le abandonaron, lo cual es muy grave, ya que abandonar al apóstol es darle la espalda al Evangelio. Pero Pablo no pide castigo para éstos, y se presenta su imagen como modelo de apóstol sufriente, superior a toda debilidad y a toda pasión. Él experimenta, abandonado por los hombres, la fuerza del Señor. Es más, esta fuerza le ha llevado a proclamar el mensaje a los gentiles y por eso está ante el tribunal, queriendo decir que los dolores de la persecución, son un servicio a la proclamación de la palabra. La expresión "la boca del león" está tomada del Antiguo Testamento y se emplea metafóricamente para indicar la liberación de un gran peligro. Visto el carácter de triunfo con el que se presenta la situación de Pablo, se podría hablar de que Pablo ha superado las pruebas con éxito, aunque ya se piensa en el resultado final (vv. 16-17).

Se muestra en el último versículo el sentido de la liberación: el rescate final. La liberación consistió en la ayuda del Señor, que le permitió mantenerse firme. Superó esta situación adversa con fortaleza y fidelidad, es decir, dando testimonio. Así, Pablo, perseguido y acusado, fue "rescatado" por el Señor". No es propiamente una libertad corporal, sino que el Señor salvará "para su reino celestial". Termina, así, el discurso de despedida del apóstol con una alabanza y una profesión de absoluta confianza en el Señor, puesta de manifiesto, expresamente, en la doxología final (v. 18).

Rafael Fleta
rafa@dabar.es

Evangelio

Contexto

Continuamos con el gran viaje hacia Jerusalén, un itinerario geográfico que sirve de marco teológico para instruir a los discípulos sobre las exigencias del Reino. Jesús sigue instruyendo sobre la oración y las actitudes del creyente. A diferencia del evangelio de la semana pasada (el juez y la viuda) es que esta semana, en lugar de fijarse en la perseverancia, se fija en la actitud del orante. Mientras que la posterior perícopa de Zaqueo (Lc 19, 1-10) nos ofrece la encarnación perfecta del

publicano justificado. Lucas está preocupado por las tensiones internas entre los grupos que hay en las comunidades que dependen de él y por la tentación de la autosuficiencia espiritual.

Texto

El texto nos presenta una antítesis deliberada en los personajes, dos figuras típicas en la escala religiosa y social del judaísmo del s. I. El fariseo representa la cumbre de la observancia religiosa. No es un hipócrita en el sentido moderno; su oración es teológicamente correcta: da gracias a Dios (no se congratula a sí mismo en un primer momento) y enumera obras de supererogación (ayunos, diezmos) que van más allá de lo exigido por la Ley. Su pecado no está en lo que hace, sino en cómo lo hace y la consecuencia que extrae. Su oración se convierte en un monólogo autocelebratorio que lo lleva a "despreciar a los demás" (v. 9). Utiliza al publicano como término de comparación para su propia exaltación. Ha convertido su relación con Dios en una transacción comercial: "Yo cumplo, Tú me debes justificación". Cree tener un crédito con Dios. Mientras, el publicano, el recaudador de impuestos, era considerado un pecador público, colaboracionista e impuro. Su posición física lo dice todo: no se atreve a acercarse; manifiesta vergüenza y conciencia de indignidad; y realiza gestos de duelo y arrepentimiento. Su oración es brevísima y existencial: "¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador". El término griego utilizado para "compasión" es hilaskomai, que tiene una fuerte connotación de expiación y propiciación. No presenta méritos, solo su necesidad y su condición de pecador. Se pone enteramente en las manos de la misericordia de Dios.

El punto culminante de la parábola es la declaración de Jesús en el versículo final (v.14a), al usar el verbo "justificar" (dikaioo) que significa "declarar justo", "restablecer en una relación de alianza correcta". No se trata de que el publicano se haya vuelto moralmente impecable en un instante, sino de que, por su actitud de humilde dependencia, es reconocido como justo por Dios. La justificación es un acto gratuito de Dios, que responde a la fe-confianza que se le tiene. El fariseo, al basar su estatus en sus obras, se cierra a recibir este don gratuito. Se autojustifica, por lo que Dios no puede "justificarlo" a él.

La segunda parte del v. 14 es un leitmotiv en Lucas (cfr. Lc 1, 52s.; 14, 11), no es una simple máxima moral, sino una ley teológica fundamental del Reino de Dios. El Reino no se construye sobre la acumulación de méritos, sino sobre el reconocimiento de la propia pobreza que abre un espacio de gracia, porque Dios no puede llenar aquello que ya está lleno de sí mismo.

Pretexto

El fariseo representa la tentación perpetua de convertir la religión en un sistema de autoafirmación. Es el riesgo de usar a Dios para bendecir la propia identidad (nacional, doctrinal, moral) y, en consecuencia, despreciar a quienes no forman parte de ella. Hoy esto puede traducirse en un "integrismo devoto" que se siente seguro por su ortodoxia o sus prácticas piadosas, mientras juzga y excluye a los "publicanos" modernos (divorciados, homosexuales, inmigrantes, no creyentes...). Vivimos en una cultura hipercompetitiva donde el valor de la persona se mide por sus logros, su productividad y su estatus. Esta "lógica del fariseo" infecta la fe y nos hace creer que Dios nos ama porque "somos buenos" o porque "cumplimos". La parábola desmonta esta lógica: la salvación es gratuita e inmerecida. Es un don que sólo puede ser recibido con las manos vacías del publicano. Es un mensaje revolucionario en un mundo que solo cree en lo que se puede ganar. Finalmente, nos enseña que la verdadera religiosidad no consiste en la afirmación de las propias certezas frente al error ajeno, sino en la humilde confesión de la necesidad de misericordia. Esta actitud es la base para un diálogo auténtico, donde nadie se coloca por encima del otro, porque todos estamos, de una u otra manera, en la posición del publicano ante el Misterio de Dios. ¿Dónde me sitúo? ¿En la seguridad autoreferencial del fariseo, que construye su identidad sobre la negación del otro? ¿O en la vulnerabilidad confiada del publicano, que funda su esperanza únicamente en la misericordia de un Dios que justifica al impío?

Enrique Abad
enrique@dabar.es

Notas
para la Homilía

"Pablo, pastor"

En la segunda lectura, San Pablo, "a punto de ser sacrificado", abre su corazón a Timoteo y nos deja su último testimonio de fe ante "aquel día... en que el Señor me llevará a su reino del cielo". Interpreta su final como la ofrenda que remata su vida. A esta altura no concreta más, pero en otros escritos enumera varias listas de sus combates con los judaizantes, sus cárceles, juicios, azotes, peligros en tierra y mar, naufragios, envidias y persecuciones. Su vida ha sido "vivir en Cristo", como del que recibe profundo sentido toda su existencia. Ahora su fe está consolidada y su esperanza más firme que nunca.

Su papel fue fundamental al comienzo de la Iglesia. El Espíritu de Dios realizó en él una obra maestra, a la que él correspondió con valentía. Se formó en el judaísmo a los pies de Gamaliel; con palabras de hoy digamos que fue un intelectual alumno de la mejor universidad. Vivió su fe en el judaísmo con competencia y compromiso hasta con algún rasgo de fanatismo.

El encuentro con Jesús Resucitado le abrió los ojos a la fe en la Iglesia de Jesús. Esta fe desbancó de su interior la ley de Moisés. Ananías le bautizó en el nombre de Jesús Resucitado en la comunidad de Damasco y comenzó su nuevo camino en comunión con los apóstoles de Jesús y desde sus primeras comunidades en Jerusalén y Antioquía.

Su preparación intelectual en Jerusalén y en Tarso, su ciudad natal, hizo posible su predicación en hebreo o en griego, tanto en Palestina como en las sinagogas y ciudades del Imperio Romano.

Sus viajes, al servicio de su celo apostólico, sembraron pequeñas comunidades, enriquecidas con muchas cartas. Desde estos pequeños centros corrió el paso del judaísmo al cristianismo. Esta salvación de Dios para todo el mundo en la persona del Hijo de Dios, Jesús de Nazaret, muerto en la cruz y resucitado de entre los muertos, tuvo a Pablo como el gran apóstol y misionero singular a lo lardo de toda la cuenca del Mar Mediterráneo, para toda la humanidad. Sufrió la oposición de los que se resistían al cambio en la fe; no faltaron grupos organizados de resistencia y lucha contra esta novedad que pusieron en peligro el evangelio de Jesús que Pablo predicaba. No basta leer sus cartas. Hay que situar sus trabajos, viajes y pequeñas comunidades cristianas que nacían de su celo y predicación, para admirar la obra del Espíritu Santo en estas fechas fundantes del cristianismo en Europa. Desde Jerusalén, Chipre, Asia Menor, Éfeso, Filipos, Macedonia, Tesalónica, Atenas, Corinto, Roma e Hispania. Murió decapitado en Roma el año 67 durante la persecución de Nerón.

La carta que hemos escuchado sugiere cómo se sentía Pablo en su vejez, cercano al martirio. Su fe está confirmada por los duros trabajos de fundador y responsable de comunidades cristianas nacientes. El secreto de su dinamismo está en su relación con Jesús resucitado. Pablo ha vivido en Cristo y con él entrará en el cielo. ¿Qué más se puede pedir a un cristiano a la hora de analizar su vida? Había escrito: "Para mí la vida es Cristo y la muerte la ganancia". Fil 1,21.

Lorenzo Tous
lorenzo@dabar.es

Para reflexionar

El evangelio de hoy habla de la humildad como nuestra actitud correcta ante Dios. ¿Necesitamos la misma para convivir correctamente con los demás?

¿Cuál es la correcta relación entre la verdad y la humildad?

¿Cuándo dejamos de ser orgullosos?

Ante mi muerte, ¿Dudo en la vida eterna? ¿Cómo lo afronto en cristiano?

Para la oración

Ante la vida del apóstol Pablo vemos la obra del Espíritu Santo y la Providencia de Dios que preside el comienzo de la salvación del mundo por Jesucristo nuestro Señor. Desde estos orígenes hasta nuestros días vemos una historia de inmenso amor de Dios que ha ido salvando la humanidad de las fuerzas del mal para constituir su inmensa familia de hijos en este mundo y en la eternidad. Esta larga historia, mezcla de la debilidad humana y el infinito amor de Dios, nos llena de esperanza y de fe en la providencia de Dios Padre que en su Hijo Jesús sigue salvando el mundo por medio de su Espíritu.

La vida de San Pablo nos enseña el estilo de Dios en la historia de la humanidad. Los retos ante los que nos sitúan los grandes cambios del mundo en nuestros días no son menores de los que afrontaron los primeros cristianos.

La fidelidad del amor de Dios ha suscitado siempre personas convertidas a la fe en Jesús, que han conseguido dar una respuesta desde el mensaje del Reino de Dios proclamado por Jesús y fecundado con su resurrección.

Con nuestra oración confiada y los sacramentos de la Iglesia que nos fortalecen e iluminan, intentaremos dar testimonio de la salvación de Jesús que nos está dando el sentido de la vida y de la muerte.

Padre, al contemplar el proceso de la salvación del mundo desde la edad apostólica, descubrimos la acción del Espíritu Santo en la historia de la Iglesia. Nuestro corazón se llena de gratitud y de esperanza.

Si son difíciles y complicados los avatares de la historia, tu amor y tu poder se manifiestan con abundancia en los santos de todos los tiempos y en tantas personas cuya bondad y esfuerzo ha contribuido al progreso y a la paz.

La Iglesia ha sido siempre santa y pecadora, también hemos pedido perdón y hemos iniciado nuevos caminos de reconciliación y de paz gracias a tu gran misericordia.

Por eso hoy reconocemos tu gran misericordia y te alabamos y te damos gracias con todos los ángeles, los santos y todos los peregrinos de la fe.

Gracias, Padre, por la luz y la fuerza que hemos recibido en esta celebración. Has renovado nuestra unión fraterna y has alimentado nuestra esperanza.

Ayúdanos a ser solidarios con los que sufren y a llevar con alegría las cargas de cada día.

Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor.

Cantos

Entrada. Vienen con alegría (Gabarain); Cerca está el Señor (Erdozain); Unidos en la fiesta (Madurga); A la fiesta del Señor (Elezcano).

Acto penitencial. 1CLN-B 6.

Salmo. El auxilio me viene del Señor (Manzano).

Aleluya. Aclamemos al Señor, aleluya (Erdozain).

Ofertorio. Tú, Señor, me llamas (J.M. Mármol); Este pan y vino (Erdozain); Espigas y vid (Josico).

Santo. 1CLN-I 10.

Comunión. Laudate omnes gentes (Taizé); Tú has venido a la orilla; En oración (Erdozain); En tu mesa hay amor (Kairoi); Fariseo y publicano (Palazón); El alzar de mis manos (Palazón).

Final. Id y anunciad por el mundo (Argüello); Anunciaremos tu reino (Haffler); Id y proclamad (Erdozain); Anunciando tu venida (Palazón).

La misa de hoy

Monición de entrada

En este día del Señor vayamos con alegría a la casa del Padre. La celebración de hoy nos invita a plantearnos nuestras prácticas como creyentes, pero también la autentidad de nuestra fe. Preparémonos para celebrar, para vivir y para orar, para que el Señor nos ayude a discernir nuestra vida creyente.

Saludo

La paz y la alegría abunde en vosotros.

Acto penitencial

Presentémonos ante el Padre con humildad y confianza. Necesitamos su perdón, pero no dudamos que nos lo quiere dar con abundancia.

- De nuestras dudas e ignorancias. Señor, ten piedad.

- De nuestras rutinas y pecados. Cristo ten piedad.

- De nuestro egoísmo ante las necesidades de los pobres. Señor ten piedad.

Dios nos perdone y ayude a crecer en la fe. Por Jesucristo nuestro Señor.

Monición a la Primera lectura

Escuchemos cómo se conmueve Dios ante las necesidades del pobre. Como la semana pasada se nos invita a la perseverancia en la oración.

Salmo Responsorial (Sal 33)

Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha.

Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca; mi alma se gloría en el Señor: que los humildes lo escuchen y se alegren.

Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha.

El Señor se enfrenta con los malhechores, para borrar de la tierra su memoria. Cuando uno grita, el Señor lo escucha y lo libra de sus angustias.

Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha.

El Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos. El Señor redime a sus siervos, no será castigado quien se acoge a él.

Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha.

Monición a la Segunda Lectura

Escuchemos Los sentimientos que San Pablo comparte con su discípulo, Timoteo, al final de su vida.

Monición a la Lectura Evangélica

La humildad es la actitud correcta ante Dios y nos invita a plantearnos nuestras actitudes, no sólo en la oración, no sólo en la celebración, sino también en nuestras vidas.

Oración de los fieles

Los grandes cambios del mundo actual nos exigen madurez en la fe para que nuestro testimonio sea contagioso. Invoquemos los dones del Espíritu Santo.

Respondamos: Ven, Espíritu Santo.

- Las nuevas drogas causan estragos en la juventud y en las familias. Pidamos ayuda para los educadores. Oremos.

- La familia está sufriendo un cambio profundo que sólo puede superarse por el amor verdadero. Oremos.

- Los valores económicos pretenden suprimir el valor de la vida y la verdad. Oremos.

- Ante los cambios del mundo la Iglesia necesita reformarse por el camino de la sinodalidad. Oremos.

- Ante el ejemplo de Jesús a la Iglesia le falta mucho por incorporar los valores de la mujer. Oremos.

- Estamos ante una tercera guerra mundial iniciada por partes. Pidamos la conversión de los que la sostienen. Oremos.

- Crece la injusticia en el mundo y con ello el dolor y la muerte. Para que llegue al cielo el grito de los pobres. Oremos.

- Para que el Espíritu de Dios ilumine y fortalezca al Papa León que preside la Iglesia en la caridad.

- Por todos nuestros familiares, amigos y bienhechores difuntos. Oremos.

Escucha, Padre, nuestra oración y ayúdanos a secundar con valentía tus proyectos de justicia y de paz para todo el mundo. Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor.

Despedida

Hemos estado ante Dios como hijos, hemos invocado al Espíritu Santo, vayamos a la vida de cada día siguiendo el ejemplo de Jesús que pasó haciendo el bien.

Dios habla
Lecturas propuestas para la Liturgia

XXX Domingo ordinario, 26 octubre 2025, Año LI, Ciclo C

ECLESIÁSTICO 35,12-14.16-18

El Señor es un Dios justo, que no puede ser parcial; no es parcial contra el pobre, escucha las súplicas del oprimido; no desoye los gritos del huérfano o de la viuda cuando repite su queja; sus penas consiguen su favor, y su grito alcanza las nubes; los gritos del pobre atraviesan las nubes y hasta alcanzar a Dios no descansan; no ceja hasta que Dios le atiende, y el juez justo le hace justicia.

II TIMOTEO 4,6-8.16-18

Querido hermano: Yo estoy a punto de ser sacrificado, y el momento de mi partida es inminente. He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe. Ahora me aguarda la corona merecida, con la que el Señor, juez justo, me premiará en aquel día; y no sólo a mí, sino a todos los que tienen amor a su venida. La primera vez que me defendí, todos me abandonaron, y nadie me asistió. Que Dios los perdone. Pero el Señor me ayudó y me dio fuerzas para anunciar íntegro el mensaje, de modo que lo oyeran todos los gentiles. Él me libró de la boca del león. El Señor seguirá librándome de todo mal, me salvará y me llevará a su reino del cielo. A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

LUCAS 18,9-14

En aquel tiempo, a algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás, dijo Jesús esta parábola: «Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: "¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo". El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: "¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador". Os digo que éste bajó a su casa justificado, y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».